

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 70



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

¡La lengua de la raza cósmica!

Jorge Salvador*

Academia Nacional de la Historia - Ecuador

I. El castellano, lengua milenaria

En 1977, celebraron jubilosamente España y América el primer milenio del idioma castellano, nacido según Carlos V "para hablar con Dios". Todos nos asociamos, entonces, al regocijo y rendimos homenaje a la lengua usada por tal vez más de 500 millones de seres humanos.

Largo el proceso por el cual el latín impuesto en la Península Ibérica por la dominación romana fue convirtiéndose, primero, en una forma dialectal y distinta y, luego, en un idioma nuevo. Muchos afluentes convergieron en el gran cauce: los aportes germánicos, árabes y hebreos; de lejos le venían lo ibérico, lo celta, lo griego. Encabezados por el ilustre D. Ramón Menéndez y Pidal, los filólogos lograron determinar el primer texto escrito en que las palabras utilizadas dejaron de ser latín y aparecen ya más próximas al castellano. Se trata de una glosa, la No. 90, manuscrita por un monje en el Códice n.º 60 del Monasterio de San Millán de la Cogolla, en Logroño, La Rioja, al margen de un sermón de San Agustín, clásico postrimero de la lengua de Lacio. Las *Glosas emilianenses*, nombre del venerable manuscrito, se conservan ahora en la Biblioteca de la Academia de la Historia, en Madrid.

Aquel primer texto es una oración. Son apenas doce líneas marginales, que dicen así: "Como aiutorio de nuestro dueno Christo, dueno Salvatore, qual dueno get ena honore, e qual duenno tiene la mardatione cono Padre, cono Spiritu Santo, euos siéculos de los siéculos. Fágamos Deus omnípotes tal serbitio fere ke denante ela sua face gaudioso segamus. Amén". Lo que dicho en español, tras mil años de continuación del proceso evolutivo, equivale a: "Con la ayuda de nuestro dueño. Don Christo, Don Salvador, el cual dueño está en el

* Afectuoso aporte al *Liber amicorum* en homenaje al señor doctor José de la Puente Candamo.

honor y el cual dueño tiene el mando con el Padre, con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Háganos Dios omnipotente hacer tal servicio que delante de su faz gozosos sigamos. Amén”.

El primero en destacar la importancia de este texto fue el filólogo Gómez Moreno a comienzos de este siglo; a pedido de Menéndez y Pidal el padre García Villada, experto en caligrafía visigótica, determinó la fecha de las Glosas –datan de 977–. Contemporáneamente, Amado y Dámaso Alonso, éste último que fue eminente director de la Academia Española que presidió las celebraciones, pusieron de relieve la trascendencia de aquellos documentos para explicar la hegemonía que el castellano tomó sobre las otras lenguas romances de la Península: el gallego-portugués, el catalán, el valenciano y los dialectos leonés y aragonés.

La evolución del nuevo idioma no se detuvo en los siglos posteriores. Fernán González, el Cid Campeador, los Infantes de Lara y sus respectivos cantares de gesta son otros tantos hitos. La corte de Alfonso X el Sabio, donde cristianos, árabes y judíos cooperaban en paz, con espíritu universalista, son un gran monumento cultural de la humanidad, pero en especial del castellano.

En 1492 ocurrieron tres grandes acontecimientos decisivos para el idioma: la unificación de España bajo los Reyes Católicos, tras la toma del reino moro de Granada; la publicación de la primera *Gramática castellana* por Antonio de Nebrija y el descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

Nebrija, al determinar las normas del nuevo idioma, señaló su mayoría de edad y fijó los rumbos de su unidad futura, vislumbrando su expansión. A Colón corresponde no sólo la gloria de la invención del Nuevo Mundo sino también la de haber escrito el primer texto español sobre el continente recién descubierto, cuya identidad geográfica él sólo alcanzó a barruntar. En su *Diario de Navegación* constan las célebres palabras:

[...] a las dos horas después de medianoche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amañaron todas las velas [...] temporizando hasta el día Viernes que llegaron a una ysleta de los Lucayas. Que se llamaba en lengua de indios Guanahaní. Luego vieron gente desnuda [...] conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza.

Solamente en 1531 aparece el primer documento castellano escrito en el territorio continental del actual Ecuador. Está fechado en Coaque

el 24 de abril de 1531 y reposa en la Colección Harkness de la Biblioteca del Congreso, en Washington. Se trata de una carta obligación que suscribe Bernardino de Durango a favor de Hernando Pizarro –“ay, a cambio de “una india navorina” para todo servicio, comienzo de la siempre negativa explotación al indígena, aunque también el positivo mestizaje– por “veynte e cinco pesos de buen oro del valor de a quatro cientos e cinquenta maravedis”, documento que consta en el registro de Juan de Alonso, escribano de Almagro, que en Manabí se unió a las huestes de Pizarro en su viaje definitivo de Panamá a Cajamarca.

¡Más de mil años de idioma español en el Mundo! ¡Casi quinientos de castellano en el Ecuador!, pues ufánase nuestra Patria de cultivar con amor la gloriosa lengua que nació como plegaria y a cuyo brillo han contribuido, entre nuestros grandes clásicos: Montalvo, Mera, González Suárez, Crespo Total, Zaldumbide, Romero y Cordero y Espinosa Pólit, quienes, sin subestimar la valía de otros idiomas, aprendieron también, por tradición, la quintilla en elogio a la lengua que suele atribuirse a Carlos V en el cenit de su imperio: “Hablo a Dios en castellano,/ a los hombres en francés,/ a mi musa en italiano,/ a mi lebrel en germano,/ y a mi caballo en inglés”.

II. La primera gramática castellana

Fecundo en conmemoraciones, 1992 nos permitió recordar no sólo el V Centenario del descubrimiento de América “Encuentro de dos mundos” sino también los “500 años de resistencia indígena”, hecho evidente que invita a reflexionar sobre “cinco siglos de evangelización en Iberoamérica”, que nos devuelven la esperanza, y también sobre medio milenio de la primera *Gramática castellana*, que es motivo de jubilosa celebración.

Un grabado antiguo representa al maestro Nebrija sentado ante su escritorio, la pluma de ganso en la diestra, abiertos los pliegos donde traza su menuda caligrafía, el tintero al alcance de la mano al igual que el pomo de arenilla secante, su “diccionario” y su “gramática” sobre la mesa y, al fondo, la estantería repleta de libros medio ocultos por una cortina protectora. En la austera faz, presentada de perfil, destacanse la prominente nariz aguileña, el recio mentón, los labios en severo rictus. Le singularizan, además, el característico bonete de los humanistas y, doblada en ángulo sobre el pecho, la beca de la Universidad de Bolonia.

Lebrixa o Nebrixa, donde nació en 1444, es un pueblo andaluz cercano a Sevilla, repleto de tumbas y otros vestigios romanos, tal es su antigüedad. Quizás estas reliquias y las viejas tradiciones de la comarca le inclinaron al estudio e indujeron a adoptar como patronímico el gentilicio de su lugar natal, y anteponer Elio, nombre latino, al suyo propio Antonio, que le fuera impuesto en la pila baustimal. Sus apellidos realmente eran Martínez de Cala Hinojosa y Martínez Karana del Ojo. Esteta como era, no debieron satisfacerle y prefirió hacer célebre la denominación Elio Antonio de Nebrija con que ha pasado a la posteridad.

Estudió gramática y dialéctica en su mismo pueblo; matemáticas y filosofía en la Universidad de Salamanca, que le proclamó bachiller en artes, lo que prueba que debió ser inteligente y despierto, pues según dice el adagio "lo que natura non dat, salmántica non prestat". Teólogo por la Universidad de Bolonia, allí estudió durante una década alternando con las grandes lumbreras del humanismo italiano. Catedrático de humanidades en Sevilla y Alcalá de Henares, de gramática y poética en Salamanca, cronista oficial de los Reyes Católicos y preceptor del príncipe don Juan, Nebrija fue coeditor y cotraductor de la *Biblia políglota complutense*, obra monumental en la que se pueden leer las Escrituras en arameo, hebreo, persa, griego, latín, árabe y castellano.

Según un antiguo libro *Retratos de españoles ilustres*, empastado en pergamino e impreso en Madrid en 1791, que he podido consultar y del cual he resumido los datos biográficos, Antonio de Nebrija se casó en Salamanca con doña Isabel Montesinos de Solís que le dio seis hijos. Murió en Alcalá a los 77 años. Ya en vida habría sido proclamado "Restaurador de la lengua latina" y "Humanista mayor de España".

Su saber, en efecto, era tan grande que lo mismo escribía sobre teología, gramática, filología, poesía, que sobre historia, jurisprudencia, medicina y matemáticas. Su renombre universal se debe, sin embargo, a su *Gramática castellana*, la primera de una lengua que deseaba estudiar científicamente el lenguaje con que había logrado la unidad de los reinos de España.

En prensas salmantinas y con letras góticas acabóse la primera edición de esta obra trascendental el 18 de agosto de 1492, no cumplidos aún cincuenta años de la invención de la imprenta por Gutenberg. Las letras capitulares iniciales y la dedicatoria están en tinta roja, mientras el texto corrido aparece en negro. Se conservan muy pocos ejemplares de esta edición antigua de cinco siglos, entre ellos el de la Bi-

biblioteca de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid, el de la Biblioteca Salmantina de Sevilla y el de la Biblioteca Nacional de la capital española. Sobre la base de ellos se hizo la edición facsimilar de 1946, de la cual me fue grato adquirir un ejemplar, dos años después durante mi primer viaje a Europa, en mis tiempos de universitario.

Tomó con veneración una vez más el pentasecular texto, lo hojeó con delectación y repaso su contenido, apenas un prólogo y cinco capítulos, denominados "libros": el I trata de la ortografía; el II, de la prosodia y la sílaba; el III, de la etimología y dicción; el IV, de la sintaxis y orden de las doce partes de la oración; y, el V "de las introducciones de la lengua castellana para los que extraña lengua querrán desprenderla".

Concilia el maestro Nebrija, en la doctrina y reglas que traza para el idioma castellano, la solera clásica del latín con la modernidad de innovaciones anticipadas a su tiempo. Una premonición aletea ya en el prólogo, cuando señala que "siempre la lengua fue con el imperio". Dedicada esta primera *Gramática castellana* a la reina Isabel la Católica, el almirante don Cristóbal Colón, mientras las prensas salmantinas terminaban la impresión, surcaba el Atlántico en busca de la India, Catay y Cipango. Halló un Nuevo Mundo y España se convirtió en el primer imperio de la Edad Moderna.

Más de cinco siglos han pasado. Sangre, dolor, opresión y muerte han corrido desde entonces. Ha habido estancamientos, retrocesos y avances. Predomina sin embargo como milagro, resplandeciente a pesar de todo, la unidad de la lengua castellana, bajo esas normas sabiamente trazadas por Nebrija, hablada hoy por varios cientos de millones de hombres en el Nuevo Mundo. Otro milagro es el de la fe cristiana, producto de la evangelización que el Papa Juan Pablo II celebró, en octubre de 1992, en Santo Domingo. Y tampoco es de los menores el milagro del mestizaje tanto étnico como cultural, en procesos que continúan y superan cuanto de negativo hubo en el encuentro de dos mundos. ¿Quién, ahora, se atrevería a hablar en Iberoamérica de una "raza" pura, española o indígena? Sólo los sectarismos extremistas se empeñan en radicalizar posiciones. Adictos los unos a triunfalismos anacrónicos y los otros a suicidas resentimientos vindicantes, ninguno de esos grupos avanza por el verdadero camino de la historia, que exige irrenunciables luces simultáneas: Fe, Libertad, Cultura, Derecho, Solidaridad, Justicia y Paz.

III. La primera palabra indoamericana

Al celebrar el primer milenio de la lengua castellana nos anticipamos en recordar que en 1492 ocurrieron tres hechos singulares que marcaron huella perdurable en la historia de la humanidad: en primer lugar, los Reyes Católicos conquistaron Granada y sellaron así la unidad de España, inaugurando el período de los Estados nacionales, positivo avance en la compleja evolución del mundo; en segundo lugar, Elio Antonio de Nebrija publicó la primera *Gramática castellana*, con la que se fijaron las normas para el desarrollo del idioma en el nuevo Estado recién unificado; y, por fin, Cristóbal Colón descubrió América para los Reyes de España, con lo que se ampliaron la faz del mundo, el campo de apostolado de la fe cristiana y el ámbito del idioma.

“Siempre la lengua fue compañera del Imperio”, dice Nebrija en el prólogo con que dedica su obra a la Reina Isabel. Luego, el insigne humanista traza con mano maestra la historia del idioma español y al hacerlo enuncia criterios que resultaron proféticos: en efecto, la unidad de España dura ya cinco siglos, pueblos y naciones “de peregrinas lenguas” incorporáronse al dominio de los reyes de la Península, y el idioma español expandióse por el Mundo, uniforme en su estructura gracias a la por entonces novísima gramática; la lengua española, en fin, marchó con el imperio español y junto con él creció y floreció, pero le ha sobrevivido, aprestándose ahora, ufana, a la estructura de una verdadera comunidad hispánica de naciones.

El 18 de agosto de 1492 terminóse de imprimir la *Gramática* de Nebrija; quince días antes había partido Colón en su viaje auroral, y menos de sesenta días después se produjo el alumbramiento del Nuevo Mundo. Los ojos asombrados del Almirante de la Mar Océana y de sus compañeros comenzaron a mirar los paisajes, plantas y animales, y cosas de las nuevas tierras, que aún creían ser parte de las viejas –Catay y Cipango–, y a dialogar con sus habitantes, mitad por señas, mitad con buena voluntad de comprensión.

El Almirante iba dejando constancia de todo ello en su cuaderno de bitácora, que años después resumió el P. Las Casas. Ahora es una delicia leer el famoso “Diario de navegación” del genovés: allí aparece, amanecer admirable, la epopeya del descubrimiento, mucho más asombrosa quizás, de lo que para nosotros, hombres del siglo XX, fue la hazaña de los primeros astronautas en llegar a la Luna. No sólo están en el relato de Colón la alegría, colorido y perfume de las tierras recién descubiertas, sino también la noticia jubilosa de la fauna y la

flora, causa de admiración si se trataba de animales o plantas que por primera vez veían; gozo y añoranza simultáneas si era algo similar a lo que habían dejado en la remota España. Son frecuentes las descripciones de las cosas novedosas. Tampoco faltan los mitos, recogidos de fuente directa y que en vano trataban de interpretar. No son suficientes las palabras con las que Colón procura ponderar las excelencias de lo descubierto; por otra parte temía que quienes llegaran a leer el diario no quisieran creer en la veracidad de sus fabulosos relatos. A tal extremo llega en su elogio por las nuevas tierras, que no vacila en considerarlas como otro "paraíso terrenal".

Y aun cuando desde el principio comienza el descubridor a buscar oro obsesivamente, destacan también en su política otras dos ideas claves: la de que se debe respetar en todo momento a los nativos y –voz profética– la de que las nuevas tierras serán el más amplio campo para la evangelización y el mayor palenque para la difusión del idioma español.

Hoy sabemos que los primeros pueblos con los que Colón hizo contacto en las Antillas fueron los pacíficos arawacos, que se batían en retirada ante la feroz expansión caribe. Con voces de ambos idiomas comenzó a enriquecerse el español. La primera palabra que pasó a formar parte del castellano –y que al año siguiente apareció en el *Diccionario* de Nebrija– fue "canoa".

Consta claramente en el "Diario" de Colón, a partir del viernes 26 de octubre: "[...] sus almadías son navetas de un madero adonde no llevan velas. Estas son las *canoas* [...]". Posteriormente, Colón amplió el informe: "*canoa* es una barca en que navegar y son dellas grandes y dellas pequeñas [...]" En seguida la palabra se incorporó ya en forma usual al idioma sin necesidad de nuevas explicaciones.

IV. La influencia caribe en el castellano

El 3 de noviembre de 1492 Cristóbal Colón anota en su diario: "[...] redes en que dormían, que son *hamacas* [...]" Es esta la segunda voz americana –después de *canoa*– que pasa a formar parte del acervo idiomático de los descubridores. Otra palabra es *bohío*, que el Almirante cree ser el nombre de una isla, pero que resulta ser el de las precarias viviendas de los indios. El cuarto vocablo se refiere a los habitantes de una isla llamada "*Canibal*" a los que temen los indios, por su ferocidad y por su costumbre de comer carne humana: son los

"*caníbales*". El 17 de diciembre surge la palabra "*cacique*". "[...] Vieron a uno que tuvo el Almirante por gobernador de aquella provincia que llaman "*cacique*". Y luego: "[...] al Rey llamaban en su lengua *cacique*..."

El 17 y 21 de diciembre surge "*ajes*": es el pan –"muy bueno y muy blanco" dice Colón– que se hacen con "unas raíces como zanahorias" a las que bautizan con la palabra congoleza de "ñame", reminiscencia de antiguos viajes de los marinos españoles y del propio Colón por la costa occidental de Africa. No podemos confundir "*ajes*" con "*ají*", porque el mismo Almirante habla de éste el 15 de enero de 1492: "[...] también hay mucho *ají*, ques su pimienta, della que vale más que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana".

Pero antes, el 26 de diciembre, menciona el "*cazable*", que es el pan de "*yuca*", otra palabra antillana que se introduce a poco, aunque no consta en el *Diario* de Colón. Ese mismo día se registra "*caribe*", como sinónimo o variante de "*caníbal*", aunque más propiamente sería el nombre del idioma que este pueblo hablaba. Tan obsesionado se hallaba Colón con haber llegado al Asia que creyó que estos "*caníbales*" debían necesariamente ser súbditos del Gran Khan.

En fin, el 25 de enero de 1493, el Descubridor apunta que sus hombres mataron "un grandísimo *tiburón*". Estas once palabras son, pues, los primeros americanismos incorporados al idioma español: *ajiaco*, *bajareque* (nosotros decimos bahareque), *baracutey*, *baatata*, *batea*, *barbacoa*, *cabuya*, *caimán*, *carey*, *ceiba*, *colibrí*, *comején*, *corozo*, *chicha*, *duho*, *enagua*, *guaba*, *guacamayo*, *guanábana*, *güiro*, *guaraguao*, *guasa*, *guasagra*, *guateque*, *guayaba*, *guayacán*, *guayacol*, *henequén*, *huracán*, *iguana*, *jaba*, *jaiba*, *jíbaro*, *macana*, *macuto*, *maíz*, *maguey*, *mantí*, *maní*, *managua*, *múcura*, *nigua*, *papaya*, *piragua*, *sábana*, *tabaco*, *tuna*.

Siendo las islas Antillas la puerta de entrada y salida de los españoles que venían de o regresaban a la Península Ibérica, muchas de estas voces se difundieron posteriormente por toda América con los sucesivos descubrimientos y se difundieron inclusive en la propia España, en donde quedaron documentadas en las primeras crónicas e historias generales de Indias.

También fueron las islas antillanas –en particular Cuba y Santo Domingo– las bases principales para la exploración de todas las islas del Caribe y de las costas de Tierra Firme.

El propio Colón bordeó ya en uno de sus viajes el litoral de Venezuela, donde se hablaba un dialecto caribe, el *cumanagoto*, del que nos vienen, entre otras, palabras (ya castellanas por haberlas admitido el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*) como *arepa*,

guacharaca, guayuco y masato. Pero fueron aquellas islas, sobre todo, las bases para la conquista de México por Hernán Cortés.

V. Palabras de origen azteca

La conquista de México por Hernán Cortés —otra página de la época castellana— que incorporó al Imperio de Carlos V no sólo la meseta de Anaguac y la América Central sino buena parte de los que hoy son los Estados Unidos, sirvió también para enriquecer el idioma con multitud de voces, en especial del *náhuatl*, la lengua de los *aztecas*, pero también de otros dialectos e idiomas con él emparentados, de diversas etnias de la época, así como de los *Mayas* y *Quichés* que habitaban a partir de la Península de Yucatán hacia el sur.

Desde las célebres cartas del propio Cortés, en el siglo XVI, hasta la síntesis del Padre Clavijero, en el XVIII, pasando por las famosas historias de Bernal Díaz del Castillo y de Antonio de Solís, y por las crónicas y relatos de misioneros como Motolinía y Sahagún, las voces de origen mexicano fueron llegando a España y enriqueciendo el idioma. Aquí, en América, pronto fueron de uso general.

De las 150 y más palabras de origen azteca castellanizadas por el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, permítaseme citar aquí una treintena de las más conocidas: *aguacate, alote, atole, ayate, cacahuate, cacao, camote, capulí, coas, colochó, colonche, copal, coyoye, cuate, cuatezón, chapulín, chicle, chilate, chinampa, chocolate, elote, guacamole, hule, jícara, malacate, mariachi, metate, milpa, mole, nopal, petate, pinol, pozole, quetzal, sarape, tamal, teocali, tequila tlascaltecas, tiza, tocayo, toltecas y zopilote*.

Muchas de las palabras mencionadas, tanto de origen mexicano como de las antillanas, llegaron a territorio ecuatoriano con los primeros conquistadores españoles, pues muchos vinieron de México y Centroamérica con Benalcázar, primero y con Alvarado, después, y todos habían pasado por Santo Domingo y la Española. Así se explicaría que algunas de estas voces sean tan propias del hablar ecuatoriano, tan nuestras, consubstanciales a nuestro idioma, como por ejemplo: *aguacate, camote, cacao, capulí, pinol, chocolate, tamal, tiza y tocayo*, entre otras muchas.

¿Habría llegado alguna de esas palabras antes del arribo de los conquistadores españoles? Hoy parece una evidencia arqueológica la existencia de contactos prehispánicos con Mesoamérica. Parece, incluso

ve, que había rutas de navegación, de nuestros primitivos manteños, que avanzaban hasta el sur de las costas mexicanas. En cuanto a los vocablos caribes, piénsase que monseñor González Suárez creía firmemente en los contactos entre nuestras etnias y los pueblos de aquel grupo expansivo, hasta el punto de que intentó explicar varios de los topónimos ecuatorianos con etimologías caribes.

Sea ello lo que fuere, lo cierto es que el descubridor de la costa ecuatoriana fue Bartolomé Ruiz en 1526. El relato de su viaje, escrito por él mismo o a inspiración suya, más conocido con la denominación de *Crónica Sámano-Xerez*, es un precioso testimonio del habla de los conquistadores, asombrados ante todo lo nuevo que veían:

[...] Y dally descubriendo vieron que yban tierra muy llana y de muchas poblaciones en que allegaron al paraje de unas grandes sierras y costa brava, y hallaron ser que estaban daquella parte de la Línea Quinoccial, tres grados y medio perdido el Norte; dally, porque se les acaba el término dieron vuelta [...].

Es entonces cuando encuentran sorprendidos el primer navío aborígen en las costas de Manta;

[...] Tomaron un navío en que venían hasta veynte hombres en que se echaron al agua los once dellos y tomados los otros dexó ensy el piloto tres dellos y tomados los otros echoles asy mismo en tierra para que fuesen, y estos tres que quedaron para lenguas hizoles muy buen tratamiento y trúxoles consigo.

Es el primer intento de cambio lingüístico en esta zona: tres aborígenes, retenidos para que sirvan de "lenguas", es decir de intérpretes, conforme vayan aprendiendo el castellano. Más adelante dirá la crónica:

Aquellos tres indios que digo que se tomaron en el navío, que se llevaron a los capitanes, tomaron nuestra lengua muy bien. Parece que ellos eran de una tierra y pueblo que se dice Calangane, es gente en aquella tierra de más calidad y manera que yndios, porque ellos son de mejor gesto y color y muy entendidos y tienen una habla como arábigo [...].

Posteriormente, el relatista informa que Calangane era un señorío de pueblos, uno de ellos Salango, nombre conservado hasta hoy por una pequeña isla de la costa sur de Manabí.

VI. Los primeros quichuismos, según Cieza de León

La conquista del Tahuantinsuyo permitió incorporar al idioma español el gran conjunto de voces provenientes del *quichua*. Xerez, Cieza de León, Garcilaso Inca de la Vega y un centenar más de cronistas, hasta llegar a nuestro padre Juan de Velasco, historiador del Reino de Quito, documentan esos aportes. Cada palabra es una historia especial. Decenas de ellas constan ya en el *Diccionario* oficial de la Lengua Castellana; pero centenares de vocablos forman parte del habla usual de los hispanohablantes del área andina, aun sin haber sido reconocidos. No hay que olvidar por otra parte, que el quichua es aún hablado por tal vez más de cinco millones de aborígenes.

La primera parte de la monumental obra del soldado cronista Pedro Cieza de León se publicó en Sevilla en 1553, bajo el título de *Crónica del Perú* y allí, precisamente al comenzar el relato referente al distrito de la ciudad de Quito, empiezan a constar muchas de las voces quichuas que luego se afinarían en el castellano. En efecto, después de descubrir el puente de Rumichaca y de decir que esta palabra "en lengua de ingas, en la nuestra querrá decir puente de piedra"; y luego de recordar que Yaguarcocha "en nuestra lengua quiere decir, mar de sangre", agrega, entre muchas, estas etimologías quichuas:

Ingas: "quiere decir o significar reyes o grandes señores".

Guambras: "[...] estos naturales de Otavalo y Carangue se llaman los *guambraconas*, por lo que dije de las muertes que hizo Guaynacapa en la laguna donde mató los más de los hombres de edad; porque, no dejando en estos pueblos sino a los niños, díjoles 'guambraconas', que quiere decir en nuestra lengua, 'agora sois muchachos'", (por cuanto *conas* es el sufijo plural en el quichua, la palabra en singular es *guambra*).

Papas: en el Capítulo XL "Del sitio que tiene la ciudad de San Francisco de Quito", se dice:

De los mantenimientos naturales fuera del maíz, hay otros dos que se tienen por principal bastimento de los indios: el uno llaman papas, que es a manera de turmas de tierras, el cual después de cocido queda tan tierno por dentro como castaña cocida; no tiene cáscara ni cuesco más que lo que tiene la turma de tierra; porque también nace bajo de tierra, como ella; produce esta fruta una hierba ni más ni menos que la amapola [...].

Quinua: "Hay otro bastimento muy bueno a quien llaman quinua, la cual tiene la hoja ni más ni menos que bledo morisco y crece la planta dél casi un estado de hombre y echa una semilla muy menu-

das, della es blanca y della es colorado de la cual hacen brebaje, y también la comen guisada como nosotros el arroz [...]”.

A propósito de esto, Cieza llama indios “grandes labradores” y a nuestra ciudad denomina la “siempre muy estimada” Quito.

Otra cita, que se refiere a los indios de Panzaleo (actual Machachi) documenta las palabras *ojota*, *chumbre*, *topo* y *vincha*, en una preciosa descripción folclórica:

Y así, estos de Panzaleo tenían otras lenguas de los Carangue, y Otavalo [...] Andan vestidos con sus camisetas sin mangas ni collar, no más que abiertas por los lados por donde sacan los brazos y por arriba por donde asimismo saca la cabeza, y con sus mantas largas de lana y algunas de algodón, y esta ropa, la de los señores era muy prima y con colores muchas y muy perfectas. Por zapatos traen unas ojotas de una raíz o hierba que llama cabuya, que echa unas pencas grandes, de las cuales salen unas hebras blancas, como de cánamo, muy recias y provechosas, y de éstas hacen sus ojotas o albarcas que le sirven por zapatos y por la cabeza traen puestos sus ramales. Las mujeres algunas andan vestidas a uso del Cuzco, muy galanas con una manta larga que la cubre desde el cuello hasta los pies, sin sacar más los brazos, y por la cintura, y luego se ponen otra manta delgada, llamada líquida, que les cae por encima de los hombros y desciende hasta cubrir los pies. Tienen, para prender esta manta, unos alfileres de plata o de oro grandes, y al cabo algo anchos que llaman topos. Por la cabeza se ponen también una cinta no poco galana que nombran vincha y con sus ojotas en los pies andan.

Aclaremos que en quichua quiteño se dice *ushuta*, por *ojota*; *chumbi*, por *chumbe*, y *tupu*, por *topo*; *cabuya*, se escribe y se pronuncia igual. Pero *vincha* tiene la misma pronunciación. La Real Academia de la Lengua ha acogido todas estas voces en la forma traída por Cieza de León. No ha acogido *líquida*, deformación de la palabra quichua *lliclla*, que significa velo.

VII. Garcilaso divulga quichuismos en España

A más del soldado cronista Cieza de León, fue el Inca Garcilaso de la Vega, hijo del conquistador y de una princesa de sangre solar, quien más contribuyó a divulgar los quichuismos en España, a raíz de la publicación de sus *Comentarios reales de los Incas* en 1609, obra que desde entonces ha conocido numerosas reediciones. Por lo menos cin-

cuenta palabras quichuas de esa obra han pasado a constar en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* y, por tanto, son ya voces oficialmente castellanas; mencionaremos algunos ejemplos:

Amauta: "Entre ellos hubo nombres de buenos ingenios que llamaron amautas, que filosofaron cosas sutiles [...]".

Aravico: "Otras muchas maneras de versos alcanzaron los incas poetas, a los cuales llamaban haravec, que en propia significación quiere decir inventor [...]", "[...] haravicus, que son poetas [...]".

Curaca: "A los señores de vasallos, como duques, condes o marqueses, llamaban curaca, los cuales como verdaderos y naturales señores presidían en paz y en guerra a los suyos [...]".

Chaquira: "Chaquira llaman los españoles a unas cuentas de oro menudas, más que al aljófar muy menudo, que las hacen los indios con tanto primor y sutileza que los mejores plateros en Sevilla conocí me preguntaban cómo las hacían, porque, con ser tan menudas son soldadas las junturas [...]".

Chasqui: "Llamaban a los correos que habían puesto por los caminos para llevar con brevedad los mandatos del Rey y traer las nuevas y avisos [...]".

Inca: "El nombre Inca, en el Príncipe, quiere decir señor, o rey o emperador, y en los demás quiere decir señor, y para interpretarlo en toda su significación quiere decir hombre de la sangre real, que a los curacas, por grandes señores que fuesen, no se les llaman incas[...]".

Mate: "Calabazas de que hacen vasos, las hay muchas y muy buenas [...]".

Pampa: "Plaza o campo llano".

Quipo: "A estos hilos anudados llamaban quipo (que quiere decir anudar y ñudo, que sirve de nombre y verbo), por los cuales se entendían en sus cuentas.

Tambo: "En el camino de la Sierra unos palacios de muy grandes anchuras y aposentos, puestos de jornada, por orden de Huayna Cápac, donde pudiesen haber su persona y casa con todo su ejército. Estos aposentos se llaman tambos, donde los indios [...] tenían hecho provisión y depósito de todas las cosas que él se había menester para proveimiento de su ejército [...]".

Zapallo: "Calabazas o melones [...]".

El drama de Cajamarca puso a los españoles en contacto con Atahualpa y su ejército, proveniente del Reino de Quito, donde el dialecto quichua es más suave. Por eso, el runashimi que aprendieron los primeros conquistadores sonaba extraño al Inca Garcilaso, quien atribuyó a los españoles la variación quiteña: así, por ejemplo, nuestros vocablos *inga*, *cuy*, *bamba*, *logro*, *lucuma*, *curiquingue*, para la pronunciación cuzqueña son *inca*, *coy*, *pampa*, *rocro*, *rucma*, *coriquengue*. La palabra *chaquira* no es cuzqueña; los españoles, llevándola al Perú desde el norte, la divulgaron: hay quienes la creen de origen alama (quichua oriental ecuatoriano); otros piensan que es voz caribe.

El ilustre escritor cuencano doctor Octavio Cordero Palacios, a comienzos del siglo, estudió las voces quichuas que trae Garcilaso Inca de la Vega y publicó un importante libro, difícil de conseguir por haber sido editado en reducido tiraje y no haber sido reproductivo que se intitula *El quichua y el cañari en el Ecuador*. Para aquella época todavía estaba en sus comienzos la investigación lingüística, por lo que el erudito azuayo reputa como voces cañaris algunas que provienen de otros idiomas americanos y que entre nosotros fueron divulgados por los primeros conquistadores, que venían desde Centroamérica, algunos desde México, y todos a través de Panamá y las islas del Mar de las Antillas, tales como Santo Domingo y Cuba. El doctor Ángel Roseblat fue quien mejor estudió los quichuismos del Inca Garcilaso, en el vocabulario que elaboró para la edición de los *Comentarios* por la Editorial Emecé, de Buenos Aires.

VIII. Quichuismos en la lengua castellana

Debemos al padre Juan Velasco, jesuita del Siglo XVIII, en su *Historia del reino de Quito* un léxico muy completo del vocabulario de los aborígenes quiteños. Él mismo, en su *Vocabulario de la lengua índica*, publicado por el padre Gustavo Romero Arteta, en la Revista *Llacta* que dirigía Alfredo Costales Samaniego, nos dio 1600 vocablos quichuas, y en su *Vocabulario de la lengua peruano-quitense, llamado del inca*, 3000 palabras. Ésta última obra se hallaba en el *Museum Fur Volkerkunde* de Berlín donde el doctor Paul Rivet fotocopió la carátula, hoy lamentablemente extraviada.

No se ha hecho hasta ahora el índice alfabético de las voces aborígenes usadas en *Historia del Reino de Quito* —antropónimos, topónimos, fitónimos y zoónimos— aunque una primera monografía sobre los nom-

bres propios de personas fue ensayada por mi distinguida alumna doña Magdalena Carrillo en su tesis de licenciatura.

El padre Velasco agrupa los seres en cuatro grupos o reinos: el mineral, el vegetal, el animal y el racional: las descripciones que sobre las plantas y animales hace son vívidas y llenas de colorido. En cada caso suele poner el nombre vernáculo de la especie descrita y muchas de esas voces, en buena parte quichuas, son hoy palabras castellanas. La riqueza idiomática aborigen por él citada es grande. Mencionemos sólo algunos ejemplos: *achira, amancay, cóndor, curiquingue, cuy, chilca, chirimoya, chirote, chonta, guayusa, puma, tocte, etc., etc.*

Con cada una de estas palabras, y con datos de interés y hasta uno que otro error propio del tiempo, el padre Velasco, con inigualable desenvoltura y gracia, describe toda la fauna y flora del Reino de Quito. Al hablar del maíz registra voces como *Canguil* y *Morocho* y al mencionar a los *llamas*, habla de los *pacos, guanacos y vicuñas*. Todos estos vocablos están registrados ya como castellanos en el *Real Diccionario*.

Desde luego, hay centenares de quiteñismos mencionados por el padre Velasco que no han merecido el honor del reconocimiento, y no todos de origen quichua. Hay también una arqueología del idioma, que es menester ir poco a poco desentrañando, como lo sugería Jijón y Caamaño. Se debería formar un diccionario de voces vernáculos ecuatorianas, en el que constarían los vocablos de uso general provenientes de los diversos antecedentes idiomáticos y dialectales presentes en nuestro territorio. Para ello deberían tenerse en cuenta los valiosos estudios de los principales lexicógrafos ecuatorianos que, a lo largo de más de un siglo, han contribuido a precisar las connotaciones de nuestro hablar usual, tales como Pedro Fermín Cevallos, Carlos R. Tobar, Honorato Vásquez, Gustavo Lemos Ramírez, Alejandro Mateus, Octavio y Alfonso Cordero Palacios, Humberto Toscano, Miguel Sánchez Astudillo, Darío Guevara, Arturo Hidalgo, Julio Donoso, Luis Moscoso Vega y Justino Cornejo, entre los ya fallecidos y Carlos Joaquín Córdova, actual director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

El insigne lexicógrafo puertorriqueño doctor Augusto Malaret, al formar su célebre *Diccionario de americanismos*, buscó la colaboración de numerosos corresponsales en el Ecuador, principalmente novelistas, ya que éstos, en sus relatos, incorporan el hablar común de indígenas y mestizos y, por tanto, voces y modismos utilizados en un amplio sector de la población. Demetrio Aguilera Malta, José de la Cuadra, Alfonso Cuesta y Cuesta, Jorge Icaza, Gonzalo Humberto

Mata, Sergio Núñez y Alfredo Pareja Diez Canseco figuran entre los informantes de Malaret. Pero también diplomáticos como Víctor Manuel Rendón; maestros como Juan Ignacio Molina; poetas, como César Andrade y Cordero, y científicos, como Misael Acosta Solís.

Las obras de los autores nombrados que dan valiosos aportes a la lexicografía ecuatoriana deberían ser consultadas para un "Diccionario de ecuatorianismos", más otras con sustancial aporte de vocabulario usual, como las del presbítero José María Coba Robalino y de don Luciano Andrade Marín. En parte han realizado esa tarea, pero limitándose sólo a los quichuismos, Justino Cornejo y Darío Guevara; o a los ruralismos como el doctor Julio Tobar Donoso.

IX. Quichuismos oficializados

El profesor Justino Cornejo, en su excelente obra *El quichua en el castellano del Ecuador*, formuló un índice más o menos completo en el que incorporó 937 voces quichuas o de origen quichua en el habla popular de nuestro país. Sería interesante proponer a cada estudioso que formule su propia indagación sobre los términos quichuas utilizados por él y sus familiares o allegados en el habla castellana usual y los ponga a disposición de los investigadores del quichua, junto con su correspondiente significado. No se ha hecho hasta hoy una encuesta de este tipo a nivel nacional. Posiblemente, muchas voces aborígenes locales permiten dilucidar el significado de palabras prequichuas, o sean pertenecientes a idiomas anteriores a la expresión incaica, lo cual sería un valioso método de búsqueda, a menos que sea cierta la hipótesis que señala al Ecuador como centro de forja del quichua (Tschudi y Midendorf) o la tesis insinuada por el padre Velasco sobre el panandinismo del runa-shimi.

Por mi parte permítaseme añadir 75 voces, no mencionadas por Cornejo ni por Guevara, utilizadas en el habla general de la sierra ecuatoriana, para sobrepasar, así, los mil vocablos quichuas usados en el castellano actual del Ecuador: *amullito, apu, asamishi, astarau, atoco, ayaguasca, babaco, cachucha, callampa, callimanta,ocolón, cuichi, curcuncho, cusí, chuauarquingo, chasca, chigualcán, chiriches, chumpe, chuñi (tzogne), chupatullo, chupe, chupilla, chúplac, chupo, chuqui, chusalongo, chuso, guañugta, guaytambo, gullán, güincha, inga, jizi, llachapa, llachapiento, lloroso, llapchi, llirbo, mashu, molo, mocha, muru, muscha, ñato, ñaipa, ñutullo, otorongo, pachilla, pagcha, pana, paspa, pintoj,*

pitimucha, pongo, pulchungo, purcha, pututu, quero, quishca, shimi, shugshi, tagua, tanda, taroso, tingo, tocho, tzímbalo (chimbato), umiña, ungiüi, ugshi, ushco, yamor, yunquilla.

De estos mil quichuismos ecuatorianos, casi un centenar fueron recogidos por Carlos R. Tobar en 1907, en su imponderable obra *Consultas al Diccionario de la Lengua*, pero hasta entonces, sólo unos cuarenta habían sido incorporados al idioma castellano. Sin duda, gracias a las sugerencias que él hizo, aquel número aumentó. Cuando en 1961 el doctor Tobar Donoso publicó *El lenguaje rural de la región interandina del Ecuador* pudo señalar unas 70 palabras quichuas constantes en el *Diccionario de la Real Academia*. Permitidme ahora duplicar esa lista presentando 150 voces castellanas cuyo origen es quichua, cada una de ellas puede ser usada a plenitud de corrección académica donde quiera que se habla español. Cada una traerá reminiscencias a los lectores, pues en su casi totalidad son utilizadas también en el Ecuador. Helas aquí:

Achira, alpaca, amauta, anaco, apacheta, aravico, arracacha, auca, azua, calato, callampa, callana, camarico, cancha, cangahua, canguil, cantuta, capi, capia, caracha, cariucho, carpa, catanga, catzo, causa, cocha, cochayuyo, cóndor, coronta, coto, coya, cuchí, curaca, curiquingue, cuscungo, cuy, cuzma, chacana, chaco, chacra, chagra, chagual, chamico, chaquira, charqui, chasqui, chaucha, chigua, chigiüil, chilca, chilpa, china, chingana, chirimoya, chiripá, chirote, choclo, chúcaro, chucuri, chuchuca, chulla, chumbe, chuño, chupe, churo, chuspa, guaca, guacho, guagua, guaiño, guaira, guanaco, guado, guano, guaraca, guarapo, guaricha, guasca, guayaca, guayusa, huaca, huacho, huaico, huairuro, husca, humita, icho, inca, inga, jora, lampa, locro, loro, lúcuma, llama, llapingacho, máchica, mate, melloco, minga, mita, mitayo, molle, morocho, mote, mullo, nana, ñaña, ñapanga, ñuto, oca, ojota, pacay, paco, palca, palta, pallar, pallas, pampa, papa, patata, paují, payador, pirca, pisco, poroto, pucho, puma, puna, quena, quichua, quina, quinua, quipo, rocoto, ruco, tambo, tanda, tocte, topo, tucurpilla, vicuña, vincha, viracocha, yanacona, yapa, yaraví, zapallo.

A veces las palabras, al castellanizarse, han sufrido un proceso curioso. Por ejemplo, la voz "urito", que según el padre Velasco "es el nombre genérico de muchas especies de papagayos, llamados comúnmente loros". El destacado filólogo doctor Ángel Rosemblat estableció que "urito" se transformó en "loro" mediante el siguiente proceso, el urito, purito, lorito, loro. Es decir, "primero, amalgama con el artículo; luego, obtención de un falso positivo por el sostenimiento de que lorito era diminutivo".

El nombre quichua del aguacate, "palta", es típicamente ecuatoriano: según Garcilaso Inca de la Vega, Túpac Yupanqui y los suyos al conquistar la provincia que llaman Palta "llevaron a Cuzco a sus valles calientes la fruta sabrosa y regalada que llaman palta". Curiosamente, mientras en el Ecuador ha prevalecido el nombre nahua de aguacate, traído por los conquistadores españoles, desde el Perú hacia el sur esta fruta se llama con su nombre originario prequichua aceptado y quichuizado por los incas y ahora oficialmente castellano.

X. Palabras castellanas de origen aymará y guaraní

La lengua aymará coexistió con el runashimi durante largos siglos, tal punto que algunos lingüistas, dada la vinculación y parentesco de los dos idiomas, han forjado el vocablo "quichumara" para identificarlos. Algunas palabras, sin embargo, típicamente aymarás han pasado al diccionario castellano oficial, por ejemplo, *coca*, *cocavi*, *copaquiri*, *chachupico*, *cholo*, *macurca* y *surumpe*.

Más que las voces aymarás pero no tantas como las quichuas son las que el araucano ha dado al español, algunas de ellas ya documentadas en el glorioso poema épico de don Alonso de Ercilla y Zúñiga. Muy pocas son de comprensión entre nosotros, aunque *guata* y *porcho* son tan nuestras como chilenas; pero la mayoría son de uso general en el Cono Sur. Varias de ellas han sido últimamente divulgadas través de las novelas de José Donoso, por ejemplo *El obscuro pájaro de la noche*. He aquí casi medio centenar de araucanismos: *araaucar*, *auque*, *calcha*, *calla*, *camahuetto*, *cauco*, *copihue*, *copucha*, *chalcha*, *chamchaño*, *charquicán*, *chatre*, *chavalongo*, *chenta*, *echona*, *guata*, *hueñi*, *i*, *bunche*, *lape*, *laucha*, *llame*, *maloca*, *malón*, *meca*, *merquén*, *meucar*, *milpellín*, *pirguín*, *pirquén*, *poncho*, *quintral*, *runque*, *trámil*, *trarigue*, *trum*, *ulmán*, *ulpo*.

Menos numerosas, pero más sonoras, con un aire de exotismo, las palabras provenientes del guaraní, constantes en el *Diccionario de la Academia*: *camoatí*, *capiatí*, *capicatí*, *carecú*, *catingá*, *chipá*, *jagmandioca*, *matete*, *ñacurutú*, *ñanduti*, *ombú*, *pororó*, *pororoca*, *sarar*, *tacurú*, *tamandúa*, *tapioca*, *tapir*, *yacaré*, *yaguané*.

Las voces provenientes de la gran hoya amazónica son escasas; una de ellas fue descubierta y universalizada por Carlos María de Condamine a raíz de su viaje de retorno, desde Quito a Francia

el río Amazonas, la palabra *caucho*, se designa a lo que en otras partes de América se llama jebe. Otra voz es *tucán*. Y otra, *jacarandá*. La expansión tupi-guaraní por una parte de la Amazonía, y la de los caribes-arawacos, por otra, ha divulgado en esa área las palabras provenientes de estos idiomas.

Los mismos nombres de varios de los pueblos del Nuevo Mundo que encontraron los españoles –*aztecas, mayas, quichés, caribes, cumanagotas, chibchas, incas, quichuas, aymaraes, guaraníes, araucanos*– son otras tantas voces incorporadas al español. Así como los gentilicios de tantas y tantas naciones y ciudades que conservan su denominación aborigen: mexicanos, yucatecos, guatemaltecos, panameños, nicaragüenses, tegucigalpeños, aconcagüinos, borinqueños, haitianos, cubanos, antillanos, curazoleños, caraqueños, cumaneses, bogotanos, quiteños, guayaquileños, manabitas, peruanos, cajamarquinos, cuzqueños, chuquisaqueños, chileños, tucumanos, paraguayos, uruguayos, etc., etc. O los referentes a los grandes volcanes –*orizabeños, aconcagüino, cotopaxense, etc.*– o a los ríos –*orinoquenses*–, o a los accidentes geográficos –*goajiro, atacameño, chilense, andino, pampeano*–.

Nútrese, entonces, el castellano, con centenares de vocablos que, sea en su forma original, sea como derivados, han pasado a formar parte del acervo común. Hubo, por cierto, un intercambio en la relación, más frecuentemente violenta, entre conquistadores y conquistados. Y si España tomó posesión de América durante tres siglos, trasvasándose acá con cuanto de raza, lengua, cultura y fe podía dar; América devolvió el apretón, a su manera posesionada de España ya para siempre. Uno sólo es ahora el patrimonio común: los caciques y curacas de la resistencia aborigen –*Moctezuma, Atahualpa, Caupolicán*– unen sus nombres a los descubridores y conquistadores –*Colón, Cortés, Balboa, Pizarro, Almagro, Benalcázar, Alvarado, Ximénez de Quesada, Valdivia, Garay*– y a los libertadores –*Miranda, Bolívar, San Martín, Sucre, Montúfar, Hidalgo, Morelos, O'Higgins, Artigas, Morazán*–; Sagunto y Numancia resuenan junto a Otumba, Yaguarcocha, Tiocajas, Viriato al lado de Cuauhtémoc y Rumiñahui. El Cid Campeador y los Infantes de Lara con Tabaré, Cumandá y Doña Bárbara; Santa Teresa, con Gabriela Mistral; Cervantes, Lope y Góngora con Montalvo, Darío y Neruda.

XI. La lengua de la raza cósmica

En 1992 celebramos los mil años del idioma de Castilla, desde Jerusalén hasta Manila, desde Nueva York hasta Buenos Aires. ¿Dónde está ahora lo castizo? De Madrid a México, de Salamanca a Bogotá, de Ávila a Quito, de Cáceres a Lima, de Valladolid a Santiago, de Sevilla a Caracas, de cualquier ciudad española a cualquier urbe americana, la lengua castellana alienta, sobrepasados ya cinco lustros desde su primer milenio, con el mismo vigor de los tiempos de la Reconquista, el Descubrimiento, la Guerra Magna. Estamos en plena expansión. La lengua no está amurallada, crece; las lindes de la cultura iberoamericana no se reducen, se amplían. Mestizaje de mestizajes, Iberoamérica comienza a reclamar el cetro.

Quizás podamos decir ya el elogio de nuestra renacida civilización con los mismos castizos versos épicos que utilizan por igual los vocablos antiguos, venidos de la península, y los nuevos, surgidos en la entraña de América, con que el poeta de *La Quiteida*, nuestro egregio Remigio Romero y Cordero, cantaba el renacimiento de Quito: "El habla de Castilla aquí perdura [...] / Se mezclan en las *pampas* del paisaje, / [...] barracas de la huerta valenciana –y chozas de la *puna* interandina [...] / En el patio andaluz, con decorados / *incaicos* crecen juntos / claveles cordobeses, / rosales castellanos, / girasoles *cuzqueños* / y heliotropos del Quito de los *quitus* [...] / La joven, la fecunda, / la que lleva en el seno / el bulto gigantesco de la raza / que se llama la cósmica [...] / América la *púmica*, / América *Jaguárica*, / América *condórica* [...] / América reclama / vestiduras de acero, / trono y cetro de acero [...]"

Remigio no fue sólo un gran poeta, ajeno a las veleidades de las modas y corrientes literarias –¡hay también un oportunismo lírico!– sino que fue, además, uno de los grandes cultores del idioma español. A la musicalidad de su lenguaje poético y la profusión de símiles y metáforas –no pocas de ellas inmortales–, unía un conocimiento profundo de la lengua castellana, un vocabulario abundantísimo, uno como instinto sabio para utilizar la voz precisa en el momento oportuno y sugerir no solamente un matiz conceptual, un diapasón vibrante, sino también el viaje de la mente, ya con caudal batir de alas de cóndor o con leve brisa de colibríes en vuelo.

La Quiteida es un gran canto épico a la doble defensa de Quito, primero respecto a la penetración cuzqueña, y luego a la conquista castellana. Como todas las epopeyas, no ha merecido el reconocimiento de la época en que fue escrita, pero será imperecedera y ganará en

nombradía conforme pase el tiempo, al igual que los buenos vinos, a la espera de una edición bien ilustrada y al alcance del pueblo. Allí el poeta describe la nueva Quito, renacida de las cenizas caras e incas, que habla en castellano con voces antiguas y nuevas:

De sus propias cenizas de epopeya / tornó a surgir la majestad augusta, / la plenitud de quito [...]; / más ya no la caránica, / la shírica, la incásica, / la antigua duchicélica, / la lueñe huaynacápica, / la remota atahuálpica, / la bella rumiñáguica, / que es la indígena auténtica. / Ya no la Quito, no, que edificaron / el arte y la grandeza de los indios, / sino la nueva Quito, la almagreña, / la benalcazariana, / la casi alvaradina. / Ha renacido Quito / hablando un nuevo idioma, / y sintiendo sentires / del sentimiento viejo [...]. / En el fondo del alma, / al par de lo español, tiene esta Quito / un no sé qué de instinto caraqueño, / un por qué del espíritu cañari, dosis de las modalidades puruhaes, / sedimentos de estirpe panzalea, / tonos paltas, matices guancavilvas, / fases imbayas y valores panguas [...]. / Sobre todo, ella tiene, en su manera, / de su quiteñidad, el quiteñismo / para orgullo de América y de España-, / orgullo doble que corona al mundo [...].

Algún día veremos organizarse de modo definitivo la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Entonces será nuestra cultura –aún en formación– la rectora del mundo y el idioma castellano, el hilo de oro que hará posible el entendimiento a nivel ecuménico. ¡No por imposición imperial, sino por abrazo fraterno *inter pares*, en los dominios de la Raza Cósmica, entonces, no se pondrá el Sol!

XII. El gran milagro, el mestizaje

La humanidad misma es, desde los comienzos, un gran crisol. Pero debemos recordar que no pocos líderes y pueblos, devenidos en potencias subyugantes, quisieron imponer la filiación a la raza supuestamente superior como parámetro único en el goce de los derechos.

Este siglo vio, espeluznado, resurgir viejos ídolos racistas y su preponderancia diabólica. Por eso importa señalar que en Iberoamérica empezó la forja de un nuevo mestizaje desde que españoles e indígenas se conocieron. Y aunque después hubo quienes pusieron en duda la humanidad, racionalidad y capacidad de ser hijos de Dios de los aborígenes, el propio Colón advirtió la belleza humana de los indígenas y el deber de evangelizarles, conceptos que la reina Isabel rubrica-

ría en las cédulas iniciales, testamento y codicilo de su última voluntad, y que los monarcas sus herederos consolidarían con normas protectoras en las Leyes de Indias, así como la Iglesia, desde las Bulas Alejandrinas, actualizaría el mandato evangelizador.

Bajo la plenitud conceptual de la "Declaración Universal de los Derechos Humanos", lograda solamente en 1948, es fácil hablar hoy día de "genocidio" y "etnocidio", pese a la clara intención política y la evidente distorsión histórica que significa traer a colación estos vocablos.

Y aunque es cierto que los indígenas sufrieron en el proceso de descubrimiento y conquista toda suerte de condenables atentados, vejámenes, depredaciones, despojos, violencias, tortura y muerte, es también verdad que fueron eliminados en otras partes de este continente donde se establecieron otras nacionalidades europeas mientras en Iberoamérica sobrevivieron, pese a la subyugación y la marginación, como lo demuestran las manifestaciones multitudinarias que a partir de 1992 vienen protagonizando con plena razón, para protestar contra aquellos abusos, exigir sus derechos conculcados y galvanizar su identidad y autenticidad con el recuerdo de "500 años de resistencia".

La parte de nuestro ser procedente de la raíz indígena se solidariza con ello y se une al clamor que levantan; mientras la que proviene de nuestra raíz hispánica procura comprender la magnitud de los traumas causados, se arrepiente en nombre de sus ancestros por los males inferidos y pide perdón por ellos, siguiendo también en esto el luminoso ejemplo de Juan Pablo II en la IV Conferencia Episcopal Latinoamericana reunida en Santo Domingo.

Al mismo tiempo, cada uno de nosotros debe reconocer que el proceso humano de mestizaje étnico y cultural no puede suspenderse, porque es ley de la vida. Nuestros propios hermanos indios, sin dejar de lado su lengua nativa, hablan y reclaman en español, y buena parte de sus líderes llevan nombres y apellidos castellanos. En realidad, ya son tan mestizos como los demás. Blanco-mestizos, los unos; indio-mestizos, los otros. Los ecuatorianos somos un pueblo indo-hispano y jamás podremos dejar de serlo.

El jactancioso concepto de "raza pura" es una imposibilidad demostrada por la ciencia y sostenida únicamente por anacrónicas soberbias aristocratizantes o por nihilistas ímpetus vindicativos.

Los indios que hallaron los españoles eran ya el resultado de mezclas de milenios. En el Ecuador, por ejemplo, a más del *substractum*

pre-mongoloide común a todo el continente, había contribuciones de posteriores grupos migrantes del Asia sudoriental, Polinesia e inclusive Australia, y se han comprobado aportes mesoamericanos, maya-quichés, chibchas, caribes-arawacos, tupi-guaraníes y quechuas, aymaraes y araucanos.

Los españoles, por su parte, eran el resultado de un cruce secular de pueblos e influencias: tartesios, íberos, celtas, vascos, fenicios, cartaginenses, griegos, romanos, alanos, suavos, vándalos, visigodos, judíos, y finalmente árabes de diverso origen: berberiscos, omeyas abasidas, fatimitas, almorávides, almohades, moros y entre éstos, zegries y abencerrajes.

¡Somos mestizaje de mestizajes! “La raza cósmica”, que dijera Vasconcelos. Lo indígena y lo español que bullen en nuestra sangre y nuestra cultura, nuestro hablar impregnado de voces aborígenes, nuestro yantar en buena parte compuesto de productos y viandas surgidas de las entrañas mismas de América, nos están señalando el deber irrenunciable de propender al afianzamiento de nuestra personalidad mestiza, orgullosos por igual de los aportes positivos de cada una de estas dos vertientes –la aborígen y la hispánica– que conforman nuestro ser, y resueltos a no repetir errores, y a corregir y superar innegables defectos que nos vienen por ambas raíces. En esos aportes está resumida la humanidad entera. Y el proceso continúa, porque los nuevos aportes seguirán llegando. Erguido el continente americano en medio de los dos mayores océanos, Atlántico y Pacífico, de todas las otras tierras continuarán viniendo gentes que proseguirán mezclándose, por amor o fuerza, generando siempre nuevas expresiones de la especie humana, cada vez más enriquecida con aportes nuevos.